

RAFAEL F. MUÑOZ

Nació en Chihuahua, Chih., el 10. de mayo de 1899 y falleció el 2 de julio de 1972 en la ciudad de México.

Novelista, historiador. Recrea con maestría y donaire épocas y personajes diversos. Es uno de los escritores contemporáneos que mejor manejan la pluma recreando figuras del movimiento revolucionario plenas de vida y emoción. Publicó: *Francisco Villa* (1928); *El feroz cabecilla* (1936); *El hombre malo* (1930); *Vámonos con Pancho Villa* (1931 y 1950); *Si me han de matar mañana* (1934); *Santa Anna, el que todo lo ganó y todo lo perdió* (1936), publicada en Madrid y reeditada en México con el título de *Santa Anna. Biografía de un dictador* (1937); *Se llevaron el cañón para Bachimba* (1941); *Fuego en el norte*, cuentos (1960); *Pancho Villa, rayo y azote* (1955).

Se han ocupado de él: Emmanuel Carballo, *19 personajes de las letras mexicanas*, México, Empresas Editoriales, 1966.

Fuente: Rafael F. Muñoz. *Santa Anna, el que todo lo ganó y todo lo perdió*. Madrid, Espasa Calpe, S. A., 1936. 259 p. (Vidas españolas e hispanoamericanas del siglo XIX, 51), p. 140-157.

LA GUERRA DE LOS PASTELES

Allá por el año de 35 desembarcaron frente a Tampico los aventureros contratados por el general José Ignacio Mejía. El coronel Gregorio Gómez los derrotó, capturó a veintitantos, los fusiló. Bien hecho. Dos de ellos, Demoussent y Saucien, eran franceses.

En Atencingo, cuando transcurría el año de 33, el cólera morbo hizo tremendos estragos. Cinco buhoneros franceses que se habían internado en la región de los poblados indígenas para vender mercancías, fueron culpados (como alguna vez en España los jesuitas) de ser los transmisores de aquella enfermedad desconocida e implacable. Los rústicos se amotinaron. La ignorancia realizó el crimen de adelantarse a la obra destructora de la peste.

Un francés, Pilse le Morgue, pasó a los calabozos de San Juan de Ulúa a cumplir una condena por diez años, dictada por el juez Tamayo, a causa de haber cometido un homicidio delante de 20 testigos, entre ellos los franceses Fossey y Mangin.

El alcalde de México, don José Mejía, mandó matar unos marranos que engordaba el francés Duval para hacer chorizos y carnitas, por estar enfermos, como otros sacrificados anteriormente, con los que se envenenaron varios artilleros glotonos y confiados.

Y en el restaurante que había abierto en Tacubaya monsieur Remontel, varios oficiales que una noche andaban de juerga, después de silenciar las protestas del propietario encerrándolo en su cuarto, se comieron todos los pasteles que había en el establecimiento, empalagosos de cremas y de mermeladas.

2

El Barón Deffaudis, ministro del Rey Luis Felipe de Francia, trepa en el puente de la fragata *Herminia*, anclada frente a Veracruz, y con voz iracunda trueno este ultimátum:

Destitución del coronel Gregorio Gómez. Destitución del juez Tamayo. Veinte mil pesos para los deudos y las deudas de los dos aventureros. Quince mil pesos para los familiares de las víctimas de Atencingo. Cinco mil pesos por los marranos trichinosos de monsieur Duval. La libertad y 2,000 pesos de indemnización al asesino Pilsé de Morgue. Ochocientos pesos por los pasteles de monsieur Remontel. "Picos, palas y azadones", 557,200 pesos. Total, 600,000 pesos "cuya liquidación el Gobierno de S.M. el Rey se reserva".

Y bajando la voz iracunda, haciéndola amable, Deffaudis habla en clausulillas secretas de ciertos bonos, de ciertos créditos, de ciertos impuestos de exportación...

México no le hace caso y viene la guerra. El pueblo, entre indignado y burlón, la llama "La Guerra de los Pasteles".

3

Para apoyar las pretensiones de Deffaudis, una escuadra de Luis Felipe de Orleans se ha situado frente a Veracruz, buscando la guerra "para añadir un nuevo florón a las armas francesas y exaltar la gloria de un príncipe de la sangre, Joinville, enviado en la expedición". Y se añaden en el ultimátum otras pretensiones que impiden todo arreglo satisfactorio.

México responde: "Nada podrá tratar el gobierno sobre el contenido de ese documento mientras las fuerzas navales de Francia no se retiren de las costas de la República."

El comandante de la escuadra declara el bloqueo de todos los puertos de todos los litorales el lunes 16 de abril de 1838.

4

El bloqueo se prolonga por siete meses, y como los derechos de importación y exportación constituyen el principal ingreso del gobierno, éste pasa por terribles apuros económicos: los puertos sufren la paralización completa del comercio, las industrias declinan, las condiciones del ejército son lamentables.

Al principiar el bloqueo había en Veracruz y en Ulúa 438 hombres disponibles, con haberes muy retrasados; las murallas estaban cubiertas con arena de las dunas que el viento hace cambiar de posición; los baluartes, muy deteriorados; la artillería, desmontada en gran parte; el parque, escaso; las puertas de la ciudad, especialmente la del muelle, viniéndose al suelo, remendadas con tablas de cajón de mercancía. Una parte del castillo de Ulúa amenazaba desplomarse, socavados sus cimientos por el mar, y hacía muchos meses que no se izaba en sus torreones la bandera nacional, porque no la había. No se hacía pólvora en el molino de Santa Fe a causa de estar descompuesta la máquina principal y de no haber dinero para remendarla. El mismo presidente Bustamante vio que los ingredientes estaban inservibles y que producirían una pólvora útil nada más para hacer humo y arrojar las balas fuera de las armas con el impulso de un escupitajo.

Sin embargo, el gobierno expide un decreto aumentando el ejército a 60,000 hombres. El general Manuel Rincón, nombrado jefe de las tropas en Veracruz, limpia y repara las murallas, hace cureñas, fija nuevas baterías en Ulúa, afianza las puertas y se adelanta setenta y cinco años a las alambradas de púas de la guerra moderna, mandando rodear los baluartes con talas de espinosa nopalera. Construye parapetos en el interior de la ciudad; pone sacos de arena en las azoteas de los edificios más altos, iglesias, capillas, conventos...; arma seis lanchas rápidas para hostilizar a los pesados barcos de la escuadra; envía baterías a los puntos distantes de la costa para evitar desembarcos; recibe más tropas, levanta voluntarios...

Pero nada más cinco centavos le han dado para hacer todo eso, y se le acaban: el destacamento en la posición de Antón Lizardo la abandona por no recibir sus haberes; el boticario que provee de medicinas al hospital suspende las remesas por

falta de pago; los practicantes se marchan por igual causa... Para colmo de males, el 17 de noviembre alguien roba 1,000 cartuchos de cañón de varios calibres...

5

El gobierno insiste en no tratar mientras no se retire la escuadra. Por el contrario, se la refuerza; varias fragatas, dos bombarderas, barcos chicos y grandes de todos tipos. Deffaudis se va a Francia y viene el contraalmirante Charles Baudín a bordo de su fragata *Nereida*. Es el jefe de la división y al mismo tiempo plenipotenciario. Se abren las pláticas en Jalapa: el ministro Cuevas, por México; el contraalmirante, por Francia.

Baudín pide: los 600,000 pesos; las destituciones; compromiso de pagar puntualmente las deudas a franceses; trato igual al de la nación extranjera más favorecida; excepción en favor de los franceses residentes en México de todo impuesto de guerra o contribuciones semejantes; la renuncia de parte del gobierno mexicano a reclamar los daños y perjuicios ocasionados por el bloqueo. "Artículo adicional y secreto". Pago de ciertos bonos que andan por ahí. Y, por último, 200,000 pesos más por los gastos de la división naval que mantiene el bloqueo; gastos en bananos, piñas, papayas y mulatas.

Cuevas ofrece: Seiscientos mil pesos como saldo definitivo; cero por los gastos de la división naval; que el gobierno mexicano resolverá por sí sobre las solicitadas destituciones; que ya que el gobierno está resuelto a no imponer más contribuciones de guerra, no cabe el convenio sobre ese punto; que los demás serán sometidos al arbitraje de S.M. Británica...

Baudín.—Ochocientos mil pesos...

Cuevas.—Seiscientos mil...

Baudín.—Ochocientos...

Cuevas.—Seis...

Baudín.—Son las doce de la noche. Me iré mañana a las cinco de la mañana. Ochocientos mil...

Cuevas.—No tengo tiempo de estudiar su proposición "definitiva".

Baudín.—De Francia me informan que no ha sido aceptada la mediación de Inglaterra. No se admitirá ninguna nueva dilación después del 27 de este mes, al mediodía. A falta de un acta que satisfaga las demandas de Francia, comenzarán inme-

diatamente las hostilidades. Ya hemos discutido el larguísimo tiempo de tres días...

El 27 de noviembre, una tarde soleada y fresca por el viento del Norte, verde de cocoteros, olorosa de sal y hierbas, Baudín levanta su espada y comienzan los cañonazos.

6

Se han situado frente a Ulúa las fragatas *Nereida*, *Ifigenia*, *Criolla* y *Gloria*, las corbetas *Náyade* y *Cerceta* y las bombarderas *Cíclope* y *Vulcano*. Los bergantines *Voltigeador* y *Cebra* se mantienen a la vela para acudir a donde sea preciso. El comandante del castillo, general Antonio Gaona, espera a que le tiren primero.

Y le tiran. Ciento cincuenta cañones y morteros cubren a San Juan con sus bombas. Por cuatro horas y media, barcos y castillo se baten, envueltos en una humareda que los oculta a la vista de la costa. Durante las primeras tres, todo artillero que cae en la fortaleza es substituido. Mas los reemplazos se acaban y las baterías comienzan a quedar en silencio. La infantería, lista para evitar un desembarco, permanece rifle en mano, sin disparar, recibiendo el fuego de los cañones franceses. El repuesto de municiones de la batería baja de San Miguel, vuela y destruye todo a su rededor. El repuesto de municiones del Caballero Alto, vuela con todo el mirador, y los cañones de la batería van a hundirse en el mar, mientras quedan sepultados en los escombros 41 servidores de las piezas y muchos de la vecina batería de San Crispín. Muere ahí el coronel de Zapadores don Ignacio de Labastida. A las cuatro horas y media, la mitad de la artillería está desmontada, principalmente la de la línea exterior, abandonada ya. Los muros, destrozados. Ciento cuarenta heridos sin curación y entre las ruinas. Municiones para una hora más.

El general Gaona pide una tregua para atender a sus heridos. El fuego se suspende. Cuando el humo que se eleva va dejando al descubierto el castillo, de tierra se le ve aspecto de moribundo. El jefe defensor y sus oficiales se reúnen a conferenciar.

7

Su Excelencia el general Santa Anna ha terminado su co-

mida del mediodía. En una hamaca tendida a la sombra de grandes árboles, dormita en espera del momento en que habrán de comenzar las peleas concertadas con unos galleros de Guanajuato. Entre el murmullo de las frondas y de las aguas en corriente, de los ganados y de los peones, en medio de su somnolencia, don Antonio percibe un rumor diferente: como si el mar embravecido hubiera entrado a tierra.

Se incorpora, trata de captar los detalles de ese temblor sonoro que llega envuelto en viento de mar. No le es desconocido, aunque casi lo había olvidado. Le basta medio minuto para identificarlo y para comprender lo que sucede. Es el cañón que truena.

Mientras el temblor arrecia, coro de doscientas voces de cañón, el Excelentísimo hace un balance de sí mismo: el gobierno lo posterga y lo humilla; el presidente, los ministros, los generales, los políticos o le odian, o le desprecian, o le envidian. El pueblo, entretenido con la serie de sublevaciones que tienden a mejorarlo, pero que lo empeoran, ha olvidado ya Tampico y El Alamo. Los periódicos, de vez en cuando, hincan el diente en su vida privada, sus gallos, sus aventurillas. Parece que la nación entera le ha vuelto la espalda.

Es feliz entre los suyos: la esposa, doña Inés de la Paz, "mujer de la costa, mañanera y sencilla, hecha para recibir el rocío tempranero, bajo el fulgor de los luceros en fuga de las tibias madrugadas; los cuatro muchachos, dos hombrecillos y dos mujercillas que corren por toda la finca, inquietos e incansables, como el padre. Su hacienda, próspera; sus sirvientes, afectuosos y fieles; sus gallos, y algún que otro placer que no logra, por más que procura, que ignore su mujer. Tranquilo, olvidado, general de división, millonario, medio enfermo...

Ni quien haya tenido interés en anunciarle que Veracruz estaba en peligro. Ni quien le haya pedido un consejo para la mejor defensa. Ni quien le haya ordenado que desenvaine su espada. Es el cañoneo el que le avisa de la batalla, el que le dice el peligro, el que lo llama.

Vuelan varios minutos de silencio. Se cierra el balance. El viento sigue, y el rumor del cañoneo. Las bombas francesas deben estar cayendo sobre el castillo, sobre el puerto... Se acerca la hora en que comenzará la partida con los galleros de Guanajuato. Los niños, de paseo a caballo, no regresarán hasta las primeras sombras... ¡ese cañoneo!

—¡Un caballo! ¡Mi caballo blanco!...

Mientras se lo enjaezan, corre a ponerse las botas. Al minuto brinca sobre la silla. Sale del patio de la hacienda a todo galope. Solo, dejando todo lo que tiene. Sigue su primer impulso, como siempre. Galopa hacia la metralla. Hacia la gloria o al ridículo. Jugador empedernido, se arroja él mismo como apuesta, en el más emocionante de los albures.

Apenas tiene ocasión de decir adiós, con el brazo en alto, a doña Inés de la Paz, que, montada a la amazona, vuelve del campo al trote corto, tras de vigilar la faena de los peones humildes, que la veneran.

8

Al verlo acercar, devorando el camino en su corcel de nieve, los centinelas le abren la puerta, sin saber quien es, pero adivinándolo. Apenas traspone la muralla, los vítores acompañan el choque de las herraduras con el empedrado. El general Rincón, su viejo contrincante de Perote, de Tolomé, de Oaxaca, lo recibe afectuosamente, cuando el cañoneo acaba de suspenderse, y el humo, que todo lo ocultaba, se va desprendiendo del mar hacia las nubes.

—¿Soy útil para algo, general Rincón?

—Si Su Excelencia quisiera molestarse... Tengo interés en saber qué pasa en Ulúa...

El voluntario embarca en una cáscara de nuez, con sólo dos remeros. Sin bandera blanca. Sin más protección que la insignificancia y la penumbra. Pasan como a 200 metros de una fragata. Marineros y artilleros asomados a la borda, los miran, escupen, los dejan pasar. Llegan a los arrecifes que rodean el peñón de Ulúa y Su Excelencia brinca, llenándose las botas de agua.

En el castillo, el general Gaona está en junta con sus oficiales. Se ha pasado lista, se ha hecho recuento. Tres jefes, 13 oficiales y 207 hombres fuera de combate. Ni cañones útiles, ni artilleros. Infantería con fusil, nada más. Todos firman la capitulación.

Santa Anna se excusa de firmar el acta, por no haber participado en la defensa. No reprueba la capitulación, pero tampoco la acepta. Su idea es que la guarnición evacue durante la noche la fortaleza y la haga volar por los aires, dando fuego, en una sola carga, a toda la pólvora que resta. Así es

taban instruidos de obrar los Virreyes, por Madrid, en caso semejante. Pero la entrega está pactada. Don Antonio regresa a tierra, portador de malas nuevas.

A Rincón se le presenta esta disyuntiva: exponer la plaza al fuego de la escuadra, o evacuarla para hostilizar después al enemigo que la ocupe. Está decidido a salir cuando Baudín habla. Está satisfecho con el triunfo sobre Ulúa. Quizá en su interior, aquella guerra le repugna. Propone: que las tropas y las autoridades mexicanas conserven el orden en la ciudad, limitándose la fuerza a 1,000 hombres, y que se suspendan las hostilidades por ocho meses, dando tiempo a negociaciones que puedan llevar a la paz. Rincón acepta después de una Junta de Guerra que el Excelentísimo preside, pero en la que no opina, ni aprueba, ni reprueba, ni firma.

Después, don Antonio monta a caballo y recorre el camino a Manga de Clavo, ahora al trote corto, seguido de cuatro lanceros, que le hacen escolta silenciosamente.

9

El 30 de noviembre el Presidente de la República desaprueba la capitulación de Ulúa y el convenio Rincón-Baudín. El pueblo se agita, gritando: "¡Traición!" Los moderados hablan de impericia y de cobardía. Los defensores de Ulúa y los jefes de Veracruz son llamados a someterse a un Consejo de Guerra. Por la noche, un decreto de Bustamante anuncia que se declara la guerra a S. M. Luis Felipe, Rey de los franceses.

Y un correo extraordinario sale al galope rumbo a Manga de Clavo, con una orden para el general de división Antonio López de Santa Anna, a fin de que se encargue del mando de las tropas mexicanas. Deberá tomar la ofensiva, como pueda, pero inmediatamente.

10

Sale de la hacienda muy de madrugada, en un "quitrín" o calesa pequeña. Le escoltan los cuatro lanceros, y un mozo de estribo conduce el caballo blanco.

Rápidamente, desde el calesín, dicta sus primeras órdenes: que se cierren todas las puertas de la ciudad y que no se deje salir a nadie, "sin distinción de personas". De esta frase depende todo lo que va a suceder.

“Los jefes de la escuadra, ignorantes de la declaración de guerra, bajaban a la ciudad y se paseaban por ella, como enemigos que esperan dejar de serlo muy pronto.” Esa mañana pisa tierra el príncipe de Joinville, con el vice-almirante Le-Roy y varios oficiales; nota ciertos movimientos extraños y a paso apresurado se encamina al muelle, donde ha dejado su lancha esperándole. Instantes después se cierra tras él la vieja puerta que ha traspuesto. Cuando llega con Baudín está temblando de indignación en la creencia de que el cierre de la puerta tendió a cogerlo en ratonera. Como buen príncipe, vanidoso, considera que todo lo que se hace en torno a él es por su causa. Además, hay que presentar como un mérito ante Luis Felipe el haber estado en medio de horrendos peligros.

Santa Anna llega a las once. Enfermo y cansado. Inmediatamente dicta para Baudín un oficio comunicándole que el gobierno de la República ha reprobado las capitulaciones y que la guerra a Francia está declarada.

11

Baudín recibe la noticia con tranquilidad. Sabe bien lo poco que pueden hacerle los cañones de Veracruz, cargados con pólvora vieja, que es más lo que apesta que lo que explota. No es irascible ni valentón. Puede comenzar el cañoneo de la ciudad inmediatamente, puesto que la guerra está declarada, mas prefiere enviar al vicealmirante Le-Roy con un jefe de ingenieros, portando una comunicación en la que dice encontrarse en aptitud de emplear la fuerza para obligar a los mexicanos a retirarse, pero que sólo hará tal cosa si los franceses residentes en el puerto son molestados. Don Antonio ofrece que no lo serán y que enviará respuesta por escrito la mañana siguiente.

A las ocho de la noche, que se despidе de Baudín el cónsul inglés, recibe el encargo de visitar a Santa Anna y protestarle que “no tiene la intención de dirigir sus tiros a la plaza, a menos que se le obligue por vía de represalias”. Tácitamente, existe un armisticio.

El general Mariano Arista, que se aproxima con un refuerzo de 1,000 hombres, lo detiene en el camino y se adelanta a la ciudad. Hace seis años que los dos generales no se encuentran, después de haberse enemistado profundamente, cuando aquella farsa del presidente prisionero. Don Antonio, que es

además de hipócrita, meloso y melodramático, se comprende primer actor ante la nación expectante. No descuida un solo detalle de su papel. Quiere aplausos, ovaciones, triunfo. Abre sus brazos a Arista, le palmorea en los hombros, le habla de la patria, del sacrificio y de las gotas de sangre. Y le ordena que los 1,000 soldados fueren la marcha durante la noche hasta llegar a la plaza.

Arista, resentido aún, se guarda la orden bajo la casaca y no la obedece. A las tres de la mañana, Su Excelencia se acuesta y se duerme componiendo algunas frases sonoras que le escribirá a Baudín al día siguiente.

Joinville ha triunfado en el ánimo del comandante de la escuadra: le convence de que Santa Anna pretendía apoderarse de él y luego anunciar la declaración de guerra para retenerlo como prisionero. El parentesco del príncipe con Luis Felipe resuelve una breve controversia. Y Baudín dicta, a las nueve de la noche, sus disposiciones para que una columna de desembarco, fuerte en 1,000 hombres y con artillería, se dirija a la ciudad al asomar el alba. Las órdenes son: dismantelar los baluartes, clavar la artillería, aprehender a Santa Anna y llevarlo a bordo. Joinville acepta gustoso dirigir esta parte de las operaciones.

Cae la niebla y se va espesando, espesando...

12

—¿Ha oído usted, Jiménez? ¿Qué fue eso?

—No sé, señor... No creo que sea el cañonazo de diana, porque esta detonación fue más fuerte... y por el rumbo de la bahía...

El general mira su reloj: las cuatro y media de la mañana. Tiene mucho sueño. "Este Arista, tan platicador..." No vuelve a oír otro y trata de dormirse nuevamente. Pero un fuego de fusilería le hace brincar de la casa. Se acerca a la ventana. Gritos confusos por la distancia: "*¡Vive le Roy! ¡Vive la France!*"

Un sargento del baluarte de la Concepción, que ha venido a la carrera, rinde su parte con palabras entrecortadas por la fatiga:

—Los franceses... desembarcaron... Volaron la puerta del muelle...

Ya los tiros se oyen en la puerta de casa. Los marineros

de Joinville se baten con los centinelas de Santa Anna. Hay dentro 40 personas, vistiéndose precipitadamente en medio de una confusión terrible. Santa Anna comprende que aquella maniobra va dirigida contra él. No puede perder tiempo, ni en vestirse: hace un bulto con su uniforme, su espada, sus botas, su sombrero y se lo echa a la cabeza. En paños blancos baja la escalera a brincos. Los centinelas están muertos. Los marinos le detienen antes de que llegue a la puerta.

—*Ou est le général Santa Anna?*

No entiende, pero adivina.

—Allá arriba... —contesta, haciendo una señal con el pulgar, para que le comprendan y le dejen pasar.

Se va por las calles del Coliseo, Calceta, Santo Domingo... los tiros siguen por todos lados. Mientras Joinville le está buscando, otras dos columnas atacan los baluartes de Santiago y la Concepción. En un portal obscuro se viste, se ciñe la espada.

Los franceses han detenido al general Arista, creyéndolo Santa Anna. Joinville descubre el error, se indigna por el fracaso, deja a sus marineros que destruyan los muebles, que maten a la cocinera y que se lleven, como botín de guerra, una cajita con dos mil cuatrocientos pesos que después Baudín, espléndido, distribuye entre los heridos del día.

—¡Se escapó de ir a educarse en París! —dijo el príncipe, refiriéndose a don Antonio.

Y, para su consuelo, cargó con el general Arista, prisionero. al bergantín *Cuirassier*.

13

Se ha presentado uno de esos casos en que Su Excelencia sabe lucirse; corre de cuartel a cuartel, excita a los soldados, ordena rápidas movilizaciones con un tono que se hace obedecer, levanta la moral de todos, toma un rifle y lanza un disparo, acomoda un saco de arena, envía media docena de oficiales con órdenes a todos los baluartes, saca la espada, la blande en alto, la envaina... Hace un reconocimiento, solo, rumbo al baluarte de Santiago; otro, también sin compañía alguna, hacia el baluarte de la Concepción. Tiroteos fuertes por ambos lados. Los soldados mexicanos se están resistiendo y Santa Anna confía en que no cejarán.

Lo que él debe hacer, entonces, es buscar a Joinville; prin-

cipe de la sangre en Francia, es enemigo de categoría, con quien da gusto batirse. Si lo captura, lo llevará a Manga de Clavo para educarlo... en el difícil arte de pelear los gallos.

Alteza y Excelencia se encuentran, buen sitio, en la calle de las Damas. Levantan sus barricadas con bultos de mercancías, colchones, tablas, macéttas, mesas, jaulas. Joinville manda emplazar un pequeño obús. Santa Anna contesta a fusilería. Por tres horas se echan balazos de un extremo a otro de la calle.

Santa Anna protege sus flancos, refuerza su barricada, va para un lado, va para otro, dispone llevar a los heridos a tal parte, recoger municiones de tal otra. Asoma por entre las rendijas de su improvisado parapeto, se procura una bandera; hace que el corneta toque diana a pleno pulmón... Una bandera blanca aparece sobre los colchones de Joinville. El príncipe quiere explicar que no se pretende ocupar la ciudad por la fuerza. Santa Anna no quiere oír explicaciones, y cambia el toque por "fuego" sin que cese un momento. La bandera blanca se oculta y el obús vuelve a hablar.

Las diez de la mañana. La niebla se ha disipado. Los soldados continúan agazapados tras las barricadas. Joinville no ha podido hacer retroceder a Santa Anna ni ha dado un paso atrás. Balas van y vienen, calle arriba, y calle abajo. El príncipe recuerda que no ha desayunado. El general comienza a aburrirse.

Un cañonazo lejano, único y grave, trae a los expedicionarios la orden de reembarcarse. No va a ser posible capturar a Santa Anna, ni arrasar los baluartes. Don Antonio se envientona en cuanto ve que los marineros se van retirando, sin dejar de protegerse con fuegos escalonados. Organiza una columna de 300 con la intención de cortar la retirada cuando menos a un grupo de franceses; traspone la muralla, y por el lado de fuera, se dirige rumbo al muelle, donde el enemigo está ya embarcando.

Monta su corcel blanco. Viste su uniforme de pantalón crema y casaca azul, con gran pechera roja orlada de laureles. Sombrero adornado con plumas de gallo peleador. "Un poco antes de llegar a la puerta del muelle, manda formar por cuartos de compañía, armas al hombro y marcha redoblada a los tambores, que venían a la sordina." Desnuda la espada, se levanta sobre los estribos y grita:

—¡A la bayoneta!

Pero los franceses protegían su retirada con un cañón de a ocho, colocado en la punta del muelle y cargado con metralla. Suena el disparo a cien pasos, cae el caballo blanco con el pecho destrozado. Muere el capitán Campomanes, muere el alférez Solís, mueren siete soldados... Otros nueve están heridos. Y bajo el bridón caído, don Antonio yace en tierra, rota la pantorrilla izquierda. Sangra de la mano del mismo lado, porque ha perdido uno de los dedos. Las heridas y el golpe al desplomarse el caballo le han desmayado.

Los soldados retroceden a protegerse tras la muralla y disparan sus fusiles hasta que los marineros se embarcan y las lanchas se alejan.

Baudín, en represalia de que Santa Anna no se dejó capturar y que resistió, ordena que cuatro fragatas y las piezas colocadas en San Juan de Ulúa, hagan llover granadas sobre la ciudad, por dos horas. El sangrante general, al recobrase, ordena la evacuación hasta Pocitos, a una legua.

Tendido en una camilla. Su Excelencia dicta el parte al Presidente de la República. Informa de lo sucedido con desvergonzada exageración y tono heroico: "Vencimos, sí; vencimos." Creo que es la última victoria que va a ofrecer a su patria. No está gravemente herido, puesto que puede dictar una parrafada de casi quince hojas, pero aparenta la certeza de que va a morir de un momento a otro. "Al concluir mi existencia no puedo dejar de manifestar la satisfacción que también me acompaña, de haber visto principios de reconciliación entre los mexicanos. Di mi último abrazo al general Arista, con quien estaba, desgraciadamente, desavenido, y desde aquí lo dirijo a S. E. el Presidente de la República, por haberme honrado en el momento de peligro; lo doy asimismo a todos los compatriotas..." "Pido también al gobierno de mi patria que en estos mismos médanos sea sepultado mi cuerpo para que sepan todos mis compañeros de armas que ésta es la línea de batalla que les dejo marcada..." "Los mexicanos todos, olvidando mis errores políticos, no me nieguen el único título que quiero donar a mis hijos: el de Buen Mexicano..."

Mientras dicta, con tono patético de paladín agonizante, los oficiales lloran a su rededor. Va a llorar también el Presidente de la República cuando reciba el parte, creyendo que ya para entonces Santa Anna estaría muerto.

Pero el gran actor está bien vivo. Todavía tiene alma para

afirmar que los franceses se echaron al agua, Baudín en punta, y que se supone que éste ha perecido.

¡Qué conocimiento tiene de la psicología del hombre de su época! Con una precisión admirable se da cuenta de que aquellas gotas de su sangre, no las últimas ciertamente, van a lavarle de culpas pasadas. Adivina la reacción que va a provocarse entre el pueblo cuando se lea su parte, cuando se le crea en agonía, cuando se le vea mutilado. Perderá el pie, que le ha quedado colgando como badajo. Pero sus soldados conquistaron el cañón ofensor, sobre el que trepará, cojeando, a la ambicionada, inolvidable y dulce presidencia.